

15/3/83.

n.º 2

2(2) 1



hí fuerido colega.

Desde su Paperula

Juerra me conservo fiel lector de cuanto Ud. escribe, sin que la aparente disparidad de nuestros puntos de vista haya amenguado nunca mi interés. ¡Nada más igual que dos escritores divergentes en la doctrina y convergentes en la finalidad! Esto es muy simple de comprender. Ud. y yo somos dos universitarios que hemos consagrado lo mejor de nuestra vida a la agitación cultural de nuestros respectivos países; a ello nos ha impelido nuestro Temperamento intrínsecamente idéntico. En lo extrínseco debemos diferir: somos productos de ambientes y educaciones distintas, que existen independientemente de nuestra voluntad. Su España - gloria de ayer - es humanista; mi Argentina - ¿gloria de mañana? - es "cientista". Tan

España se burlan de ellos. - En el caso particular de ir a Salamanca, recordé la serie de personas que visitan a Vd. y le escriben, sin más propósito que ser recordados en algún artículo o libro ulterior. Es una mendicidad que existe en todos los países, pero que los hispano-americanos ejercitan de preferencia en España. La que he tenido ocasión de hacer esta salvvedad, no me privaré del placer de visitarle en mi próxima gira, que será en breve.

Supongo que el editor Jorro envió a Vd. mis Principios de Psicología, libro que a Vd. parecerá tan malo, como bueno a Cajal, ponga por caso.

Para reconciliarnos - si ello es menester - la casa "Renacimiento" le enviará dentro de pocos días El Hombre Mediocre, cuya lectura me permito recomendarle a fin de evidenciar nuestra identidad



difícil habríale sido a Ud. sustraerse a Salamanca, como a mí buscar en Buenos Aires un espíritu anticientífico... en la cultura universitaria.

En el fondo, su menosprecio por la filosofía científica, que no le parece filosofía ni ciencia, depende tan solo de la manera de definir a aquella y a estas. Las personas suelen estar en desacuerdo, pensando lo mismo, porque designan con nombres diferentes a las mismas cosas y con nombres iguales a cosas diferentes. Ese es el secreto de las paradojas - que a Ud. tanto gustan y a mí no menos que a Ud. - : devolver sus nombres a las cosas. Cada vez que demandamos una verdad, de la hipocresía convencional que la disfraza, incurrimos en una paradoja.

Por tres veces he tenido el proyecto de ir a saludarle, en mis correrías por España. Las tres me detuvo la mala reputación y poca simpatía en que España tiene a los sudamericanos. Verdad es que la tenemos merecida, pues llegan a esa ejemplares singularísimos, a infestar de retratos los periódicos y de conferencias los ateneos, sin advertir que en

fundamental, no obstante la arritmia
de nuestras expresiones formales.

Idealistas ambos - en cuanto tenemos
ideales - no nos incumba saber cuales son
más verdaderos, que eso lo juzga el tiempo.
Lo único respetable es tenerlos, y sentirnos
compañeros, aliados, cómplices si es menester,
contra los que viven sin tener ninguno.

Mucho le agradezco esta oportunidad
de expresarle mi grande y respetuosa
simpatía, formada lentamente en la
frecuentación de sus escritos y por eso
más invariable.

En afun.

Lozefujerjere

a Miguel delbrannus.